

023. El don del Amor

A todos nos gustan los regalos. Nos gusta recibirlos, como es natural, porque un regalo nos enriquece. Y nos gusta darlos, porque nos llena de placer, ya que *es más feliz el dar que el recibir...*

Pues bien. Vamos a suponer algo irreal, que Dios se nos aparece a cualquiera de nosotros, y nos dice:

- *Te quiero hacer el regalo que me pidas, y seguro que te lo doy. Pide sin miedo.*

¿Cuál es el mayor regalo que le podemos pedir a Dios? Discurramos todo lo que queramos, no llegaremos a pedirle lo que ya nos ha dado, que es el don del Amor por el Espíritu Santo, derramado en nuestros corazones. Nos lo mereció Jesús, y fue lo primero que nos alargó apenas resucitado:

- *¡Recibid el Espíritu Santo!* (Juan 20,22)

Por Él, tenemos en el corazón el mismo amor que tiene y se tiene Dios. Por Él, amamos a Dios con el mismo amor con que Él se ama y nos ama a nosotros. Por Él, nos amamos los unos a los otros con amor divino. Por Él, estaremos después metidos en la misma felicidad del amor que goza todo un Dios...

Cierto, pidamos a Dios lo que queramos, no le pediremos regalo mayor que el amor. Si queremos, podemos ver esto a contraluz.

Se me ocurre a este propósito lo que Santa Teresa dijo o escribió sobre el demonio.

- *¿Que quién es el demonio? Ese desgraciado que no puede amar.*

No pudo decirlo mejor la querida Doctora de la Iglesia.

Si Dios es amor, lo hace todo por amor, infunde en todos los seres el amor, nos llama al amor, y en el amor quiere consumir nuestra existencia, para que nuestro quehacer eterno sea amar.

Si Dios es y hace todo eso, al perder el demonio la gracia, la unión y la providencia de Dios, no ha podido recibir mayor castigo que verse privado de la facultad de amar y de ser amado. Al revés, se ha convertido en un ser que sólo puede odiar, que es odiado de todos y que no tendrá otro quehacer eterno más que odiar.

Así, a contraluz, resalta mucho más el don que Dios nos hace a nosotros con el amor.

Para entenderlo, convencernos y gozarnos con ello, seguimos el pensamiento del Catecismo de la Iglesia Católica.

La Biblia da este consejo a cualquiera:

- *No digas nunca: he cometido el pecado, ¿y qué me ha sucedido de malo o de triste?...* (Eclesiástico 5,4)

No lo digas nunca, porque te ha sucedido lo peor que te puede ocurrir. Has perdido a Dios, y con Dios has perdido el Amor. *Dios es amor*, y sin amor que te has quedado...

Menos mal que vino Jesucristo y reparó la hecatombe ocurrida en el paraíso. ¿En qué consistió la redención de Jesucristo? En esto: pagó por nuestros pecados, y, al resucitar, podía devolver a nuestros corazones lo que habíamos perdido. Fue entonces cuando pudo decir: *¡Recibid el Espíritu Santo!*

San Pablo comentará acertadamente:

- *Dios ha derramado el amor en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado* (Romanos 5,5)

El Amor es el primer regalo de Dios, y un regalo tal que contiene en sí todos los demás regalos que vendrán después, hasta que todos queden ultimados con la Gloria.

Por eso, cantamos nosotros con toda razón y con las palabras de San Pablo:

- *Si yo no tengo amor, yo nada soy, Señor. Y, también otra canción :*
- *Oh Señor, dame tu amor. Lo demás, no vale nada.*

Satanás, *ese desgraciado que no puede amar*, nos privó del amor por el pecado, pero la comunión que los cristianos establecemos con el Espíritu Santo, nos devuelve en la Iglesia aquella imagen y aquella semejanza que se perdieron en el paraíso. La Iglesia es el nuevo paraíso de los hijos de Dios.

¿Es cierto que por el amor vivimos en el paraíso? Sí, y muy cierto. Porque Jesucristo produce en nosotros por su Espíritu un gozo insospechado. Nos lo dice como nadie el apóstol san Pablo:

- *El fruto del Espíritu que llevamos dentro es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza* (Gálatas 5,20)

¿Nos atreveríamos a decir que esto no hace la vida grandemente feliz?

El cristiano vive del amor.

Ama a Dios, como él es amado por Dios.

Ama con amor divino a los demás, porque ama con Amor de Espíritu Santo.

Ama el esposo a la esposa y la esposa al esposo, o se aman dos novios, con un amor superior al amor puramente humano, porque se aman con amor de Espíritu Santo, que santifica su mutuo amor.

Ama el cristiano al hombre, a todo hombre, con amor divino, que es lo sumo del amor.

El cristiano, que así cambia la tierra en un paraíso, es arrastrado por el Amor del Espíritu Santo a llamar *¡Padre!* a Dios, *hermano* de Jesucristo, y a sentirse ya *ciudadano* del Reino del Cielo.

Si Dios nos pide que le pidamos un regalo, pidámosle lo que queramos. Pero Él supo adelantarse a darnos lo mejor, aunque nos sigue invitando:

- *¿Qué quieres que te dé?*

Y nosotros sabemos responderle hasta con cierta malicia:

- *Señor, si me das amor, tu amor personal, el Espíritu Santo, lo demás... hasta puedes regalárselo a otro...*